

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 1 - Número 4 - Octubre de 2020

CUENTOS:

«**Toda la carne
a la parrilla**»

Julia Guzmán Watine

«**Theratos**»

Ignacio Fritz

«**Animate**»

Néstor Ponce

«**Así no llegan
las moscas**»

Gabriela Aguilera

RESEÑAS:

Hotel (Ignacio Fritz)

Por Patricia Espinosa

El lado bestia de la vida (Néstor Ponce)

Por Maryse Renaud

El caso Coelemu (Raúl Bustos)

Por Gonzalo Hernández

EXTRAS:

«**Cuestionario a Julia Guzmán Watine**»

«**El mono científico**», cuento clásico de Robert Louis Stevenson

«**Argentina noir**», artículo por Bartolomé Leal

CÓMIC:

MAX CANALLA

Guion Vancho

Dibujos Kampf





03 / CUENTO

TODA LA CARNE
A LA PARRILLA

Julia Guzmán Watine

06 / ENTREVISTA

JULIA GUZMÁN WATINE

08 / CUENTO

THERATOS

Ignacio Fritz

10 / RESEÑA

HOTEL

Patricia Espinosa

11 / CUENTO

AMIMATE

Néstor Ponce

12 / RESEÑA

EL LADO BESTIA DE LA VIDA

Maryse Renaud

14 / CÓMIC

MAX CANALLA

Vancho / Kampf

19 / CUENTO

ASÍ NO LLEGAN LAS
MOSCAS

Gabriela Aguilera

21 / CLÁSICO

EL MONO CIENTÍFICO

Robert Louis Stevenson

23 / RESEÑA

EL CASO COELEMU

Gonzalo Hernández

24 / ARTÍCULO

ARGENTINA NOIR

Bartolomé Leal

EDITORIAL

Entre el vicio bueno y el vicio malo

Aseguraba Borges, con sabio fundamento, que la narrativa policial tuvo fecha de nacimiento precisa, en una revista. En el número de abril de 1841 del *Graham's Magazine* de Filadelfia, se publicó el cuento «Los crímenes de la calle Morgue» de Edgar Allan Poe. Allí se inauguró el *chevalier* Auguste Dupin, el primer detective literario. En otros dos cuentos con el propio Dupin como protagonista, más otros relatos de Poe, sin Dupin, se gestaron las categorías fundamentales del género. Por ejemplo, la turbia psicología de sus héroes.

Así, una faceta del gordo investigador Nero Wolfe, creado por Rex Stout, es su afición al cultivo de orquídeas, vicio benévolo que practica en la terraza de su departamento de Nueva York; alternándolo con un vicio más bien grosero: la ingestión de enormes cantidades de cerveza. Otro bebedor duro, aunque de vino tinto, es el Maigret de Simenon, vicio húmedo que compensa con el vicio virtuoso de la monogamia.

Sherlock Holmes, por su parte, se refugia en su casa de *Baker Street* en Londres para tocar el violín (con destreza similar a la de Paganini, según sus exegetas), vicio exquisito que abandona para entregarse a otro vicio, abominable: las inyecciones de cocaína. Termina sus días dedicado a un vicio inofensivo aunque peligroso: la cría de abejas.

El perfectísimo Hércules Poirot, de doña Agatha Christie, ostenta en los salones los vicios simpáticos de engomarse el bigote, lustrarse la calva y fumar cigarrillos rusos; pero oculta el más difícil de sobrellevar de los vicios privados, la homosexualidad no asumida. El Philo Vance de S.S. Van Dine posee el culto vicio de la erudición egiptológica, que despliega con gracia; pero ofende con el vicio deplorable del esnobismo.

Por cierto, todo lo anterior viene del *chevalier* Dupin de Poe, que cultiva el vicio perdonable de hibernar durante el día, para abandonarse en las noches al innombrable vicio de deambular por las calles de París.

El vicio bueno y el vicio malo son los polos entre los que se mueven muchos detectives de la narrativa policial. Aunque a la postre, ellos, personajes viciosos, la salvan del pecado que no aceptaría jamás el lector de *noir*, otro vicioso irredimible: que el género degenera en literatura edificante y moralista.

En este número de **Trazas Negras** vienen cuentos de Gabriela Aguilera, Julia Guzmán Watine, Ignacio Fritz y Néstor Ponce. Reseñas diversas, un cuento clásico, un artículo y un cómic original completan la entrega.

Bartolomé Leal
Director

A partir de este número anunciamos la creación de un comité asesor de **Trazas Negras** formado por los escritores Eduardo Contreras Villablanca, Juan Ignacio Colil, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

Toda la carne a la parrilla

Julia Guzmán Watine

No sé cómo sucedió, pero a la primera ojeada sobre el edificio, una sensación de insufrible tristeza penetró en mi espíritu.

«El hundimiento de la casa Usher», Edgar Allan Poe

I

—Pensé que no vendría —dijo Angélica, mientras abría el candado oxidado del portón de acceso. La cadena volvió a enroscarse y el candado nuevamente se cerró. —Es más seguro así.

—La llamé para avisar que llegaría tarde, pero me derivaba a buzón de voz —dijo Ester Molina en tono de disculpa y algo intimidada por la señora que la recibía: de pequeña estatura, ágil, de más de sesenta años, mirada verde y nariz prominente— Es lejos San Alfonso, calculé mal y los viernes por la tarde se hace difícil el traslado.

—Aquí no hay señal.

La casa ocultaba el cielo; el follaje de los árboles producía un efecto sombrío, funesto. La sensación de abandono se instalaba también en su interior. El fuego de la chimenea ahumaba el ambiente iluminado por dos lámparas de mesa, que solo expandían un halo mezquino de luz. El mantel estaba sucio. Un par de sillas incómodas se repartían en el salón y un sofá desteñido se encontraba frente a un ventanal sin cortinas. Ya estaba cayendo la noche; el exterior desaparecía de a poco. No se distinguía ninguna luz cercana porque la ventana principal daba hacia el río Maipo, que se escuchaba estrepitosamente.

Angélica sirvió vino y dos empanadas. Ester bebió y encendió un cigarrillo.

—¿Usted es profesora?

—No, lo fui hace un tiempo, pero me enfermé. Era mucho trabajo. Me ofrecieron el puesto de bibliotecaria en el mismo colegio. Llevo casi cuarenta años; y siete de ellos en mi nueva función.

—Mucho tiempo...

—Estaba bien hasta que cambiaron a la dirección de mi colegio. Llegaron unas tipejas de familias grandilocuentes, en sendos autos de lujo, a desarmar todo lo que habíamos construido. Echaron a ex alumnos que trabajaban como docentes, sin tomar en cuenta que éramos una familia. Destruyeron el espíritu de nuestra escuela con discursos exitistas e incluso religiosos. Quieren que me vaya; ya podría retirarme, pero con mi jubilación no llegaría ni a la primera semana. Usted sabe.

—¿Y por qué me llamó? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me acosan. Quieren que me vayan y me hacen la vida imposible. Al comienzo pensaba que era paranoia, pero después me di cuenta de que era una persecución sistemática.

—Deme ejemplos— Molina ya llevaba dos cigarrillos y dos copas. Se acordó de su empanada fría y con gusto la devoró mientras Angélica le respondía.

—Se me extravián objetos; un día, una rueda de mi chatarra estaba rajada, no pinchada: vandalismo puro; se pierde el libro de clases cuando tengo que hacer una hora de biblioteca. Podría seguir...

—Prosigá, por favor. No me imagino a una directora malogrando una rueda.

—No se deje llevar por las apariencias, joven —hizo una pausa para encender un cigarrillo— Me han mencionado mi atuendo, mi aspecto descuidado; me han gritoneado delante de los alumnos. Luego vinieron los requerimientos absurdos, como que le hiciera dos horas a la semana a todos los cursos del colegio. ¡Se imagina! ¡Me faltaban horas! Cuando se dieron cuenta de la incapacidad práctica, me bajaron a 45 minutos. Eso toma gran parte de mi tiempo en biblioteca. Me alargaron el horario con el mismo sueldo, aduciendo que era una necesidad

dada mi poca disponibilidad por mis horas frente a curso. Llevo un par de meses con esa modalidad y de esa forma me están convenciendo de que deje el colegio. No sé si me dé el cuero para aguantar todo el año en esas condiciones.

—¿Qué debo hacer yo?

—Quédese hasta el lunes conmigo y acompañarme al colegio, Ester. Inventé una actividad en la que llevaré a una detective privada de verdad. Cuente una anécdota o dos a los cursos que nos visiten a la biblioteca. Ellos tendrán que redactar después un cuento. Usted se fijará en el trato de mis jefas, en algún detalle que me sirva para realizar una denuncia en la Inspección del Trabajo.

—¿Y su sindicato? —preguntó Molina, mientras Angélica le rellenaba su tercera o cuarta copa.

—No hay en el colegio. Al comienzo nos parecía que no era necesario. Cuando llegaron estas brujas, pensamos en formar uno, pero de a poco se deshicieron de los elementos díscolos más baratos, de escasos años de servicio. Entre ellos, ex alumnos estupendos como profesionales, ya se lo había mencionado.

—Me parece bien lo que plantea —Molina hizo una pausa— pero no estaba planificado quedarme todo el fin de semana aquí. Tengo obligaciones en Santiago.

De pronto, se levantó un viento fuerte que estremeció la casa y comenzó a llover.

—Las precipitaciones tampoco estaban pronosticadas —respondió Angélica y luego cambió de tema como si siguiera espontáneamente el curso de sus pensamientos— A pesar de que la literatura es mi pasión, ya no leo novedades, me he quedado en los clásicos, sobre todo en poesía.

Ester Molina estaba mareada.

—Me da envidia leer bellas poesías de gente más joven que yo— continuó Angélica— me produce desazón que escriban poemas más hermosos que los míos— la profesora encendió otro cigarrillo— Cuando empiezas a envejecer, cuando te das cuenta de que te has equivocado gran parte de tu vida, te hace mal la poesía que te gusta; es insostenible, insoportable. Sobre todo si también escribes y no lo suficiente.

Molina de pronto se sintió incómoda. Angélica no le agradaba. No había bebido ni una pisca de su vino y rellenaba compulsivamente la de su visita. Había humo en el ambiente, mucho humo, probablemente por una obstrucción en la chimenea. Cesó el viento, la lluvia. El silencio le parecía extraño. El caudal se imponía cuando llegó y antes del breve chaparrón. De pronto, el Río Maipo no se escuchó más.

II

—Despierte, holgazana. Durmió toda la mañana.

Ester estaba acostada en una habitación de la planta baja. No se explicaba cómo había llegado a ese lugar si lo último que recordaba era su incomodidad en el comedor.

—Tengo pan amasado, queso fresco y café con leche— dijo Angélica— está todo servido.

—Gracias.

—Todavía no sé si va a aceptar mi encargo.

Molina no había decidido nada aún. Le parecía deshonesto y descabellado seguir el juego de su posible clienta; se sentía mal por pegar en la pera a Angélica. Sin embargo, no realizar esta extraña pesquisa le parecía un desaire; significaba unirse a la mentalidad perversa de las nuevas generaciones que ella también detestaba. Pero también persistía su desconfianza porque a Molina le parecía que Angélica tenía algo entre manos; algún plan macabro, algo andaba mal en esa casa y en esa cabeza, no le cabía duda. De modo que, mejor sería irse y arreglárselas para llegar al colegio de Angélica en San José de Maipo, el lunes por la mañana.

Molina comenzó a explicarle los planes a Angélica y ella la interrumpió.

—Pero si ya se está asando la carne.

Le señaló un lugar en el jardín donde la parrilla a gas hacía lo suyo.

—Imposible negarse —dijo Molina dividida entre la promesa de una buena carne y su necesidad de decidirse de una vez por todas y partir.

Salieron al patio y, sobre las gigantescas secuoyas, el sol estaba de adorno. La detective bebió la primera copa, la segunda; al parecer se quedaría. La carne deliciosa y Molina se sentía de mejor humor que a la víspera. Ya sin sospechas, le dijo a Angélica que recitara algunos de sus poemas y la anfitriona no se hizo de rogar. A medida que se sucedían los versos, Ester se preguntaba si eran conmovedores o grotescos. En las pausas se servían más carne; Molina, más vino y cigarrillos en abundancia. Para Ester ya era imposible concentrarse en el sentido de las imágenes, todo parecía un sueño extraño.

— Si no la quieren en su colegio, ¿por qué no la despiden?

— Llevo casi 40 años, soy muy cara. El colegio se iría a la quiebra. Espero que me saquen en un cajón.

— ¿Usted tiene familia por aquí?

— Estoy completamente sola, porque mi familia es de Villa Alegre. Tengo unos pocos amigos repartidos por el Cajón del Maipo.

De nuevo se instaló el silencio. Sentía simpatía por Angélica, por su trabajo, por lo mal que lo estaba pasando

y las humillaciones que probablemente tenía que vivir a diario. Sin embargo, cuando le ofreció un pedazo de pastel de manzana y no entendió una negativa, le dio rabia. Sentía que iba a explotar de tanto comer y pensó que no porque fuera víctima de una sociedad despreciable, la señora tendría que ser buena profesora o bibliotecaria. La maldad de la directora y sus secuaces, no convertían a Angélica en buena persona. Luego venía a su mente su situación en desventaja en un mundo competitivo y cruel. De suerte que mientras comía sin ganas un enorme pedazo de kuchen de manzana, Molina hacía debatir sus consideraciones sobre Angélica.

La mansión estaba fría cuando entraron. La dueña de casa encendió la chimenea. Fumaron unos cigarrillos y luego Angélica le ofreció a Ester pan amasado con queso.

«Esta vieja me está engordando, me quiere comer» se dijo Ester.

III


Mientras Molina vomitaba, tuvo la impresión que el río se había callado. O, tal vez, eran sus arcadas las que apagaban el caudal del Maipo.

De pronto escuchó un disparo.

La detective subió la gran escalera y se dirigió al único dormitorio con luz. La encontró con la cabeza perforada certeramente. Angélica dejó una nota que exculpaba a Ester, señalando que la retuvo el fin de semana para que la encontrara y diera aviso antes de que se descompusiera. Así de despiadada era la soledad. También explicaba su situación laboral. Era un obstáculo para otras vidas, otros

modelos de enseñanza, nuevas lecturas complementarias. Era un escollo para el maldito progreso y eso sí que se lo hacían sentir. Nunca le había gustado enseñar en una sala de clases o la biblioteca, solo intentaba ser profesional y ya ni eso estaba en sus posibilidades. No quería más vejaciones delante de aquellos hijos o nietos de los que fueron sus primeros alumnos. Describía a sus jefas y narraba el maltrato que padecía. No dejó a títere con cabeza. Era imposible rebobinar, hacer marcha atrás. Era inviabile la existencia en su presente o la vida en miseria, si es que se retiraba.

Molina llamó a su amigo de Investigaciones desde el teléfono fijo. Con el suicidio de Angélica se expresaba la derrota en su máxima expresión, con ansias de justicia póstuma. La necesidad de inmolarsé para ser escuchada era el reflejo de un desmoronamiento irrevocable. Ni Molina, le había creído; en algún momento pensó que podía ser delirio de persecución o paranoia.

Pero Angélica se traía algo entre manos para tener a sus acosadoras con insomnio un par de meses. Había maquinado una venganza incriminatoria que se filtraría en sus vidas hasta que la típica apatía y ensimismamiento ganaran nuevamente la partida; hasta que se impusiera la crueldad perenne, esa que pone el pie encima y aplasta mientras se pueda. 

Julia Guzmán Watine

Escritora y profesora viñamarina. Estudió Letras y Pedagogía en Castellano en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es magíster en literatura latinoamericana y chilena de la Universidad de Santiago de Chile. Participó en diversos talleres de narrativa. *Juego de villanos* (Vicio Impune, 2018) es su primera novela.



PRONTO EN LIBRERÍAS

La Familia M
Un hogar para Lía Cautiva

EDICIONES POZO DE ARENA

IR AL WEB

POZO DE ARENA

Cuestionario a Julia Guzmán Watine

A propósito de su novela *Juegos de Villanos*



COMPRAR

Sobre la base de un decálogo (no excluyente ni exhaustivo) que hemos elaborado en TRAZAS NEGRAS para definir si una novela pertenece realmente al género negro, aquí va un conjunto de afirmaciones que hemos pedido elaborar a la autora para caracterizar su libro.

La novela *Juegos de Villanos* se sitúa alrededor del 2009, cuando no había celulares inteligentes ni el terremoto de 2010 obligaba a una reconstrucción del centro de Talca o a su reorganización. Comienza cuando el detective privado Miguel Cancino se debate entre aceptar la investigación acerca de una desaparición y proseguir con sus actividades principales, que son la venta de libros usados en una galería de Manuel Montt y la postergación permanente de su tesis de pregrado. Si Cancino acepta, tendrá que husmear en su pasado talquino y en una realidad tan anacrónica como corrupta.

—Primero, en una novela negra debe haber un protagonista fuera de lo corriente.

—Hay características que Cancino comparte con detectives de algunas novelas negras: se me ocurren ahora la soledad, el gusto por la literatura, la amargura, el desencanto, el buen olfato, entre otras, y en consecuencia, creo que no hay tanta originalidad. Sin embargo, hay matices: Cancino le teme a su sombra; todavía intenta modificar estructuras de pensamientos molestas de otros personajes, incluso, se vuelve majadero; es torpe, transparente, bastante inseguro, malo para los combos, de modo que se podría pensar que no reúne las características de un buen investigador privado. No obstante, hay algo en él que provoca que la gente quiera hablarle y eso, pese a que algunas veces sea abrumador, lo ayuda en sus investigaciones.

—Segundo, debe haber un tema interesante alrededor del crimen que justifique la narrativa.

—Ives Reuter señalaba que la novela negra es un estudio de caso. El crimen es la llave para entrar en esa verdad que debió ser escondida para no provocar un escándalo extenso y pronto olvidado. Una desaparición, un crimen son el reflejo de algo mucho peor. He ahí la diferencia entre el relato de enigma y la novela negra. En el policial de enigma solo basta saber quiénes son los malhechores y se puede asumir que las causas son menos importantes que la investigación. Creo que en la novela negra ese tema interesante es consecuencia de la corrupción que se filtra a través del crimen. Ese asunto particular está basado en un acontecimiento ocurrido en los años 80. Tuve que actualizar algunos hechos, agregué sucesos para comenzar la intriga y modifiqué detalles, que probablemente ahora serían inverosímiles.

—Tercero, debe haber un malo (o varios) tan malo como bueno es el detective.

—Como se comentó en los «Careos literarios» (diálogos sobre la narrativa criminal realizados a comienzos de octubre de 2019), la novela negra es la oportunidad de reflexionar acerca de la sociedad. Francisco Miranda señaló en esa oportunidad que cuando la sociedad es criminal, la literatura criminal es solo literatura, de modo que los personajes son esos entes ficticios que pululan en esta sociedad (criminal). Por ello, podemos echar mano de referentes bastante representativos de perversidad y estupidez.

—Cuarto, no puede dejar de haber al menos un personaje del sexo opuesto de la mayor relevancia.

—Una o dos mujeres lo intranquilizan. Sin embargo, más adelante, Cancino se asociará con la detective Ester Molina, que aparece en este número de *Trazas Negras* en mi cuento «Toda la carne a la parrilla».

—Quinto, debe desarrollarse en un ambiente exótico o inhabitual, a menudo desconocido para el lector corriente.

—No sé si Talca es un lugar muy exótico. Sin embargo, se me vienen a la mente novelas criminales que también se sitúan en regiones (durante toda la investigación o en parte de ella): Punta Arenas, (Ramón Díaz Eterovic); Copiapó (Juan Ignacio Colil y Gonzalo Hernández); La Serena (José Gai); Valparaíso (Verónica Silva Oliva); Linares (Valeria Vargas); Parral y Rancagua (Cecilia Aravena y Eduardo Conteras) y podría seguir. Así que no hay novedad si se sitúa gran parte de este relato en Talca, donde hay buenos cultivos para investigar como en todo infierno grande.

—Sexto, debe haber una razón plausible para el crimen o delito que se narra.

—Puedo enumerar algunas en *Juegos de Villanos*: dinero, mucho dinero, como casi siempre; infiltrados, impostores o traidores, según algunos; mentes añejas, enfermas y sádicas. No quiero adelantar más.

—Séptimo, todo buen relato criminal debe ir acompañado de un método de matar que sea particular a la historia.

—Leandro Urbina señaló, en los «Careos literarios», que en nuestra literatura las desapariciones son una constante y, a su vez, constituyen nuestra obsesión. Por lo tanto ese método podría pensarse como particular a nuestra triste historia. No intento emular las fórmulas de crímenes de la edad de oro de la novela policial inglesa.

—Octavo, nunca está demás una pista oculta, algún truco para desorientar al lector o una sorpresa.

—Estos trucos, más que «trampas», con son las primeras impresiones del detective o sus ayudantes; son las hipótesis que se vienen a la mente según la ideología o los conocimientos de los personajes. Cancino las considera como posibilidades, como probablemente lo haría yo en su lugar.

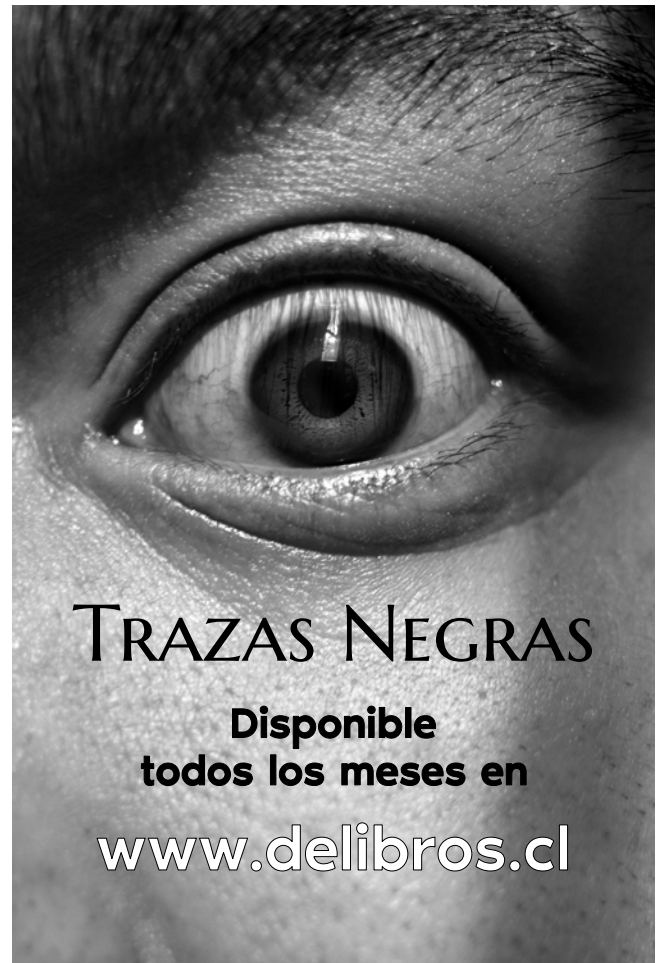
—Noveno, un factor de éxito en el género es la presencia de acción, ritmo y movimiento, todo ello acompañado de la correspondiente emoción.

—Intenté mantener en *Juegos de Villanos* un suspenso que, de alguna manera, se oponía a la existencia nostálgica y depresiva de Cancino. Es complejo encontrar un equilibrio. Dejo a disposición de los lectores mi cuaderno de reclamaciones.

—Décimo, se requiere un final explosivo o inesperado.

No busqué la sorpresa. En el clímax privilegié el suspenso, pero me significó dolores de cabeza para idear una salvada de pellejo de Cancino. No estoy adelantando mucho, porque es difícil que el narrador protagonista muera, a no ser que de pronto se interrumpa el diario o el testimonio. En el desenlace, pienso que más que apelar al efecto de lo inesperado, fue la lógica del personaje la que configuró un final algo triste y solitario.

TN



TRAZAS NEGRAS

Disponible
todos los meses en

www.delibros.cl

Esta cuantificación es preciosa para la retórica poujadista, ya que engendra monstruos, los politécnicos, sostenedores de una ciencia pura, abstracta, que solo se aplica a la realidad en forma punitiva.

Roland Barthes

El judío Kindermann concluye su trago transparente y fogoso de mezcal «Los Suicidas», ahíto, desenfrenado, malicioso. Etéreo. Se sabe un desesperado y vive a salto de mata. Golpea el vasito contra el mostrador de formica. Oculta su celular de carcasa amarilla, y con un pañuelo de hilo seca la transpiración de su barba incipiente, azulosa, notoriamente áspera. Enciende un cigarrillo Blackheat con la impronta de un sicario. El barman, cejjunto, mira cómo se retiran; ojea en derredor mientras menea la coctelera niquelada con un rico trago tropical adentro: Sex on the Beach. Hay momentos en que tienes que rezumar valor, y el hecho de que Floyd Colilaf esté herido es uno de esos momentos para que salga «la gracia bajo presión» de la que hablaba el varonil pero gay no asumido de Hemingway.

—Herido de bala. Un remate propio de película — dice Maluenda y tira una flema al piso. Todos lo ven con ojos de besugo apaleado.

Kindermann sale indiferente, sereno: el aire cálido se pega a su cara como una mosca al papel adhesivo. Siente la nefasta sensación de arrinconamiento. ¿Qué dirá El Viejo? Hampón como pocos, el tipo. Un hombretón como salido de una caricatura: con una cicatriz en el mentón y otra en las partes pudendas, tiene pasta de jefe. The boss. Tampoco es que le pague mucho dinero por los trabajos que, de tanto en tanto, surgen, donde a menudo debe sacar su arma o matar a uno que otro paco que se la dé de Lee Marvin... Kindermann sabe que los Carabineros no son sus amigos, ni la PDI, ni la Selección Nacional de Fútbol. No, por supuesto. Desde chico que se las vale por sí mismo. Autárquico. Un padre alcohólico, una madre ausente. Y no porque no quisieran estar con su hijo, todo lo contrario: ella trabajaba en una casa particu-

lar, en demasía, al igual que el padre, que se emborrachaba después de sus faenas en la construcción.

El exterior. La calle. Tráfico y esmog. Allí está el Ford Galaxy como una muestra de los años 70. Es posible que este sea su día, que termine en un sarcófago o en un calabozo. El trabajito de Floyd Colilaf no resultó bien, se torcieron los planes. En las noticias hablaban del tiroteo en plena comuna de Providencia, cerca de Los Leones y del Costanera Center. Una señora fea, de cara arrugada, una civil, fue baleada por Floyd Colilaf en un arrebato de terrorismo. Indecorosa, infame, sucinta violencia. La violencia, como toda manifestación, es breve, certera, concentrada e inopinadamente absurda. Alguna vez Sam Peckinpah afirmaría que la violencia es la poesía de la tristeza, y aunque Kindermann no era adicto al cine, sabía bien que el dolor de los actos violentos confiere una gota de pena. Nunca hubo momentos felices en la vida de Kindermann, ni pareja estable, salvo ese salvadoreño rotundo, de tez morena y dientes blancos perfectos que lo sodomizó en un motel parejero del centro apenas se conocieron (el «Dulce Jueves» de calle Libertad). Homosexual con timbre y membrete, aunque no «loca».

Kindermann sabía que su trabajo podía ser en extremo peligroso, cuánta película de gánsters circulaba en el cable sobre el tema: un trabajo de sicarios puede resultar mal, con muertos desperdigados como naipes luego de un asalto a gran escala. Pero dentro del paradigma delincencial, Kindermann sabía que lidiaba con una situación en la que podría salir impune, tranquilo. En el oficio, había que tener nervios de acero y sangre fría como la de un reptil, siempre que hubiera un suculento botín y tal vez una mujer de buen cuero en escena. Entró al Ford Galaxy, junto a Maluenda.

—Colilaf nunca superó su pena.

—¿A qué te referías, Maluenda?—Colilaf es un agente encubierto.

—¿De dónde sacas eso?

—Me lo dijo una vidente... Eeexaaactooo.No.No irían a buscar a Floyd Colilaf. *Never*. La cagada ya estaba hecha. La policía se había involucrado. Cuando Maluenda dijo «Eeexaaactooo», sus ojos se hicieron más rasgados, salió moco verdeazulado de sus narices, el aroma del Ford Galaxy se tornó denso, picado, como humo negro, y no había nada que hacer.

¿Qué relación había entre Colilaf, Maluenda y lo que aconteció luego, esa postal surgida de las faldas del infierno? Un asalto a mano armada en Providencia. De la radio Pioneer salió expulsada como un relámpago la canción *Turn up the radio*, de Autograph, y Kindermann vio cómo su compañero de armas se transformaba en una

criatura tipo Cthulhu. Qué delicia, parece una estatua de azúcar, con unos colmillos afilándose en la comisura de los labios. ¿Quién es Maluenda? Aparecen dos cabezas en vez de una; música estridente, sangre, excrementos, aroma a muerte. Están en el Ford Galaxy, nada más que hacer.

¿Por qué todo cambió como un golpe de timón?
Cantemos:

«¿Cuántas millas hasta Babilonia? Ochenta más diez.
¿Podremos llegar al anochecer? Sí, y volver de nuevo».

Todo no era más que el sueño de un bebé de semanas mientras le realizaban un aborto a su madre.

El neonato se llamaba Kindermann: el verdadero judío Kindermann. **TN**

Ignacio Fritz

Nació en Santiago de Chile en 1979. Licenciado en comunicación social y periodista con estudios inconclusos de literatura y derecho. Ha publicado los libros de cuentos *Eskizoides* (Cuarto Propio, 2002), *Hotel* (Contracorriente Ediciones, 2009) y *El festín de los engendros* (Das Kapital, 2016); y las novelas *Nieve en las venas* (Cuarto Propio, 2004), *Tribu* (Cuarto Propio, 2006), *La Hermandad Halloween* (Das Kapital, 2012) y *La indiferencia de Dios* (Forja, 2016). Fue columnista del semanario *The Clinic* y ha aparecido en antologías como *Cuentos de cine*, *Letras rojas*, *Historias asombrosas de gatos*, *Poliedro 6*, *Espacio Austral*, *Quiero la cabeza de sir Arthur Conan Doyle*, *Quiero la cabeza de Bram Stoker* y *Nuevas ficciones*. Ha fundado dos microeditoriales: Contracorriente Ediciones y Editorial PAN, donde se rescata la literatura de nicho.



REGRESA UN CLÁSICO DE EDWARD GROVE



«En nuestro idioma ha habido pocos autores del género de la Ciencia Ficción. Destaca un puñado de chilenos: Hugo Correa, Antoine Montagne y Diego Muñoz Valenzuela. A ellos se agrega Edward Grove, autor de varias novelas en los años 90 que se han transformado en objeto de culto, y que se reeditan en este volumen para delicia de los fans.

El sobreviviente es una novela de la subcorriente de la CF bautizada del “último hombre en la tierra”. Es un tema que ha sido tratado brillantemente en varios clásicos del género. Ellos esperan, por su parte, se inscribe en otra subcorriente de la CF especulativa: la novela de los “mundos ocultos o secretos”, donde se desarrolla una civilización paralela que crece en el propio planeta, bajo nuestro pies».

[IR AL WEB](#)

Hotel de Ignacio Fritz

Héroes de la Pantalla

Por Patricia Espinosa



En su brillante ensayo «E unibus pluram: television and U.S. fiction», publicado en 1990, David Foster Wallace afirmó la existencia de un subgénero literario denominado *image fiction*, refiriéndose a la narrativa de la imagen o literatura que usa la televisión, lo pop y los mitos de la cultura de masas como material preferencial para construir ficciones. Un tipo de literatura que, en lo medular, utiliza la ironía y que a veces hasta se expone al ridículo y el absurdo.

Estas producciones pueden degenerar en historias banales; sin embargo, también pueden contener un discurso crítico que las saque de la mera exposición de trivia pop. Ignacio Fritz, en el preente conjunto de relatos titulados *Hotel*, clara y conscientemente sigue la línea de la *image fiction* y logra articular diez narraciones breves y lúdicas.

En *Hotel*, las historias tienen como protagonistas a iconos massmediáticos; aparecen así Jim Morrison, Sharon Tate, River Phoenix, James Dean, Marlon Brando, Stephen King, la actriz porno Lori Rivers y personajes de la televisión, como Columbo, del cómic, como el superhéroe Van Helsing, (derivado del Drácula de Stoker), o del cine fantástico, como los monstruitos asesinos *Critters*, además de hombres lobos, zombies y hasta Miguel Serrano convertido en mito pop. Fritz se apropia de estas figuras y del género negro y fantástico en sus líneas más convencionales; sin embargo, el hecho de que las historias ocurran en Santiago de Chile constituye un factor determinante en el volumen. A lo que críticamente se asocia a degradación, la supuesta chabacanería de la cultura de masas y el mundo pop, se le

impone un certero tratamiento paródico y melodramático orientado a problematizar la adicción mediática.

Por cierto, el libro tiene un aire tremendamente noventero; incluso, puede decirse que habría descollado en la década pasada, una época que, en lo estético estuvo acogotada por citas o intertextualidades que buscaban romper los límites entre la alta y la baja cultura. Las escenas y el lenguaje recargados se compensan esta vez con una prosa rápida, cargadísima de imágenes: otro guiño a los años 90, donde predomina un habla similar al de una traducción del inglés al español de España matizada con incorreccionaes idiomáticas chileneras o términos coloquiales asimilables a lo inculto como «friyider», «yelo» o «julepe».

No cabe duda de que el mundo de la pantalla y sus famosos héroes son expuestos con sorna; la mirada burlesca está siempre latente a pesar de la seriedad de una narración que no logra descolgarse del diálogo con la alta cultura, mediante la presencia de epígrafes de Octavio Paz, Ernesto Sábato, Saul Bellow o Cormac McCarthy. Estas citas revelan cierto temor de asumir los códigos pop con total desparpajo.

Fritz consigue que su libro se sostenga porque maneja con soltura la parodia. Exponerse al sobrerarno rodículo y salir ileso no es fácil, sobre todo a causa del componente crítico que levanta una y otra vez esta arriesgada jugada narrativa con la que el autor pudo fácilmente haber perdido por paliza. **TN**

(Publicado originalmente en Crítica Literaria LUN)

De pibe, tomaba mate con mi abuelo. Mi casa era un puesto en el casco de la estancia del señor. Después, de grande, me dediqué a la construcción. Pasé de obra en obra, me hice patrón, ahorré y le compré al hijo del señor la parcela de tierra donde estaba nuestra casa. Me encargué de construir una más grande.

Seguía tomando mate. Iba a supervisar las obras de mi empresa, examinaba el material, explicaba el adecuado uso del cemento y la importancia de las fundaciones.

Un día, con la bombilla en los labios, se me ocurrió una historia. Escribí y corregí, tomándome todo el tiempo. Cuando estuve satisfecho, pensé en el título. Barajé varias posibilidades, consulté con amigos. Me quedé con un juego de palabras: «Amimate». El texto era un largo memorial, cuidadosamente documentado. Llevaba un subtítulo: Informe para la designación del mate como patrimonio inmaterial de la UNESCO.

Fui a la casa del nieto del señor. Me recibió con displicencia. Su abuelo llevaba a las jóvenes campesinas a que le cebaran el mate y las violaba. Entre ellas a mi abuela.

El nieto ocupaba un cargo de senador por el partido conservador en el poder. Echó una mirada distraída al documento y me dijo que iba a ver lo que podía hacer.

Unos meses después, el diario local publicaba un elogioso artículo sobre el senador. Decía el periodista que el hombre, «un notable animador de nuestra vida pública», había presentado un informe para que el mate fuera designado patrimonio inmemorial de la humanidad ante la UNESCO. El proyecto había sido convalidado. Una foto mostraba la cabeza sonriente del senador, los ojos avispados, posando con el director general de la UNESCO, en París.

Me fui a la casa del senador.

—Lo quería felicitar, doctor —le dije—, y terminar la historia.

Me miró aburrido, con sus ojos pícaros. No tuvo tiempo de reaccionar: con un gesto calculado le clavé el pico de la bombilla, bien afilada, hasta el fondo del ojo. Ahora la historia estaba cerrada. Después me volví a las casas, a tomar mate. TN

Néstor Ponce

Nació en La Plata, Argentina, es autor de novelas negras y de las otras, poeta, ensayista, profesor y periodista. Residente en Rennes, Francia, donde funge de académico, animador literario y cultural, director de revistas y viajero encarnizado, es hombre clave en la promoción de nuestras letras hispanoamericanas. Dos libros recientes suyos, imperdibles, son *Toda la ceguera del mundo* (2013, Medellín, ediciones B) y *El lado bestia de la vida* (2016, Santiago, Espora Ediciones). A punto de salir está su novela corta *Hay amores que matan* (Espora-Rhinosaurios), una novela negra histórica que nos lleva a una sangrienta trama de pasión y abuso en la pampa. Como lo ha expresado el escritor cubano Amir Valle a la propóposito de su libro de cuentos *Muertes trece siete vidas* (2020): «La excelencia cuentística de Néstor Ponce queda demostrada con este libro. Historias de rotundo dramatismo, cargadas de humanísimas resonancias, con personajes demoledores magistralmente configurados y esa capacidad de lanzar preguntas que el lector deberá responder, hurgando en sus propias experiencias para descubrir que eso que lee puede ser, increíblemente, su propia historia» (Amazon).



Venciendo al lobo

El lado bestia de la vida

Por Maryse Renaud
 Université de Poitiers (Francia)



El reencuentro con personajes ficticios y situaciones pertenecientes a textos anteriores es generalmente para el lector una gran fuente de satisfacción, un placer —deliciosamente juvenil y sabio a la vez—, como ya lo mostró en el siglo XIX la moda del folletín y actualmente la de los grandes ciclos narrativos (tanto en literatura como en televisión). La última novela de Néstor Ponce, *El lado bestia de la vida* (*El asesinato de Néstor K.*), (Espora Ediciones 2016, Chile), viene a ser la segunda parte de un ciclo iniciado con *Toda la ceguera del mundo* (Ediciones B, Colombia). Pero no hace falta haber leído este texto para apreciar el vigor y la implacable precisión denunciatoria de esta ficción llena de fragor y violencia, de furia y resistencia, a caballo entre novela negra y novela de espionaje.

Como en este tipo de textos son sentimientos exacerbados los que mueven la acción: por una parte la frustración y la venganza —en el caso de los patoteros, nostálgicos de la dictadura que se abatió sobre la Argentina de 1976 a 1983; por otra, la lucha por la dignidad y la justicia, emprendida por un equipo solidario, armado por la comisario Adela Pineda y el honesto comisario Barriónuevo (reintegrado a su cargo por decreto presidencial tras una breve caída en desgracia).

Pero a diferencia de la clásica novela negra, generalmente compacta y construida en torno a un eje único, *El lado bestia de la vida* estriba en una sucesión de elementos aparentemente discontinuos cuya vinculación y lógica se irán revelando poquito a poco. Buen ejemplo de ello son las páginas liminares en las que salen al escenario de golpe y porrazo el derrotado policía Marcelo Barriónuevo, un

enigmático individuo apodado El Lobo, acompañado de su hijo El Lobito, una comisario de nombre Adela Pineda, voluntariosa y determinada (vaga reminiscencia de la Mariana Pineda de García Lorca, tal vez), un tal Juan Manuel de Armando, profesor jubilado, amigo tanto de fútbol y cultura popular, de aceitunas y maníes, como de lecturas eclécticas (que algún parecido presenta, salvando las distancias, con el mismo novelista).

Esta discontinuidad, que crea una sensación de fragmentación, de dispersión, intriga tanto más cuanto que afecta no sólo a los personajes y las épocas consideradas, sino también a los espacios aludidos, que no dejan de multiplicarse; así pasamos de la «luminosidad gaseosa» de California al cielo pesado y triste y «las hortensias azules de Bretaña», antes de encontrarnos confrontados a una Argentina urbana atravesada por ricos efluvios de loco.

Es un lector activo, tan minucioso como los mismos investigadores —pronto lo vamos entendiendo—, el que requiere este texto construido deliberadamente como un *continuum*. De atropellos, desmanes, crímenes y sadismo.

Es el historial de la violencia, del terrorismo de Estado, el que pretende trazar la novela de Néstor Ponce, pero también el de las fallas de las democracias, «no tan democráticas», como insinúa un personaje; de las democracias vulnerables, capaces en ciertos casos de apartar a sus mejores servidores antes de echarse atrás.

Todo parte, de hecho, de una ciudad, antes de desplegarse generosamente el abanico de la barbarie: La Plata, ciudad natal —dicho sea de paso— de Néstor Ponce, que imanta todas sus ficciones y a la que regresa

aquí con nostalgia y furor. Centro de combinaciones, tejamanes, tráfico de drogas, guarida de patoters, no tarda en echar sus tentáculos, relacionándose con otras ciudades, pequeñas o grandes, ligadas al crimen organizado. En el mundo globalizado que nos da a ver la novela, las violencias también se van internacionalizando. Y puede hablarse, no sin humor, del «triángulo de las Bermudas del crimen» (Argentina, México, Canarias).

También nos permite orientarnos en medio de los ramalazos de locura que agitan el texto los esquemas duales: el chalet de Villa Elisa, por una parte, guarida en la Argentina de patoters revanchistas (y centro de aventuras trágico-cómicas, casi burlescas, al final de la novela), y por otra, la Villa Sammer, centro operativo en Fuenteventura y reproducción en tierra europea de los téticos «chupaderos» de la dictadura argentina, en donde naufragaron, literalmente borrados del gran libro de la vida, tantos supuestos «subversivos».

Dos hilos narrativos también se entretrejen en el texto: la lucha por la justicia del equipo encabezado por la comisario Adela Pineda, y la aventura íntima, abyecta y emocionante a la vez, de El Lobo, un represor, y El Lobito, un hijo apropiado, secuestrado, que sigue fiel al padre adoptivo hasta la muerte, inficionado por un concepto erróneo del heroísmo. A dos campos opuestos, que se entregan a una lucha despiadada, pertenecen pues estos personajes, siendo el presidente Kirchner a quien pretenden asesinar los nostálgicos de la dictadura. Notemos, sin embargo, que en él no se centra la ficción. Néstor K.: Bien podrían referirse igualmente estos dos signos, de modo casi subliminal, lúdicamente, al mismo autor Néstor Ponce, exiliado político, blanco de la dictadura, y

al símbolo por antonomasia del político asesinado, Kennedy.

La referencia al presidente Kirchner no sería, hasta cierto punto, sino un pretexto para desatar la visión abarcadora que, de hecho, constituye el objetivo de la novela. Argentino, desde luego que lo es Néstor Ponce, apasionado polemista, pero también ciudadano del mundo, indignado por las violencias que igual se abaten sobre negros, asiáticos e inmigrantes.

Dos son los amores, inesperados y por lo tanto particularmente sugerentes, que iluminan el texto y matizan el dramatismo de no pocas escenas: el que une al comisario Barrionuevo a la joven Lucero y da pie a una larga, audaz y muy lograda escena erótica, vivificante y relajante, y el que regenera casi milagrosamente a Cristian Pozzi, haciéndole pasar, en una increíble metamorfosis de sabor arltiano, de casfishio sórdido y brutal a enamorado y hasta a policía.

El humor, las referencias a la cultura popular, al cine, a la canción, a las técnicas de comunicación moderna, a nuevas formas de solidaridad, habrán permitido por lo menos afrontar serenamente al Mal, al lobo... que siempre está al acecho pero que puede ser vencido. **TN**

Julián
AVARIA-EYZAGUIRRE
El Dedo en la Llaga
El caso Shima

COMPRAR

El Dedo en la Llaga. El caso Shima es una nueva entrega con las aventuras detectivescas de un investigador deambulante y sin nombre (aunque con apodo), que los seguidores del noir nacional (y del autor) reconocen como una de las mejores novelas recientes del género: *El caso Capablanca* (2017).



MAX CANALLA



EL ABOGADO ME CITÓ POR TELÉFONO ESE LUNES POR LA MAÑANA...
 «¿MÁXIMO CANALES?, PREGUNTÓ CON VOZ CEREMONIOSA.»
 «EL MISMO.», RESPONDÍ, PORQUE ESE ES MI NOMBRE:
 MÁXIMO FABIÁN CANALES FUENTES. MAX PARA LOS AMIGOS.
 MAX CANALES PARA LA VIDA DIARIA. MAX «CANALLA» PARA ALGUNOS QUE YA NO SON TAN AMIGOS.
 CANALES, CANALLA, NO IMPORTA ESE ES MI APODO.
 MI FIRMA.
 LA FORMA EN QUE BUSCO JUSTICIA.

ME DIERON DE BAJA DE LA POLICÍA POR «CONDUCTAS IMPROPIAS REITERADAS», EN PALABRAS SIMPLES. PARA QUÉ DETALLAR EL MECANISMO QUE UTILIZARON PARA HACERLO. SÓLO PUEDO ALEGAR QUE MI PECADO FUE VENIR DE PROVINCIA Y ENAMORARME DE OLGA...



LA MUJER DE UN SUPERIOR. DESDE ENTONCES LOS EXCOMPAÑEROS ME LLAMAN CANALLA. Y TAL VEZ LO FUI. TENÍA CLARO QUE TARDE O TEMPRANO LAS COSAS TERMINARÍAN MAL. HACE AÑOS QUE NO SÉ DE OLGA. DICEN QUE VOLVIÓ CON EL COMISARIO Y SE TRASLADARON AL SUR DE TEMUCO.



NO LA CULPO. NO TENÍA NADA BUENO QUE OFRECERLE SALVO DEUDAS. NO FUE FÁCIL ENCONTRAR EN QUÉ GANARSE LA VIDA. SIN LA AYUDA DE LA TÍA ÁNGELES NO HABRÍA PODIDO SALIR DEL BARRO EN EL QUE ME ENCONTRABA.



«TÚ ERES EL ÚLTIMO DE LOS CANALES, TIENES EL DEBER DE LIMPIAR ESE APELLIDO». CUANDO LLAMÓ EL ABOGADO, RECORDÉ ESO: ERA EL ÚLTIMO DE LOS CANALES. SUPONÍA QUE ALGO BUENO ME IBA A TRAER.



FUI TEMPRANO AL DESPACHO DEL ABOGADO.
TRATÉ DE NO MOSTRAR DEMASIADO ENTUSIASMO
PARA QUE NO PENSARA QUE ME MOVÍA EL PURO
INTERÉS POR LA HERENCIA.



ACRÚ MÁXIMO CANALES. SR.
¡A SU SERVICIO!



PASE

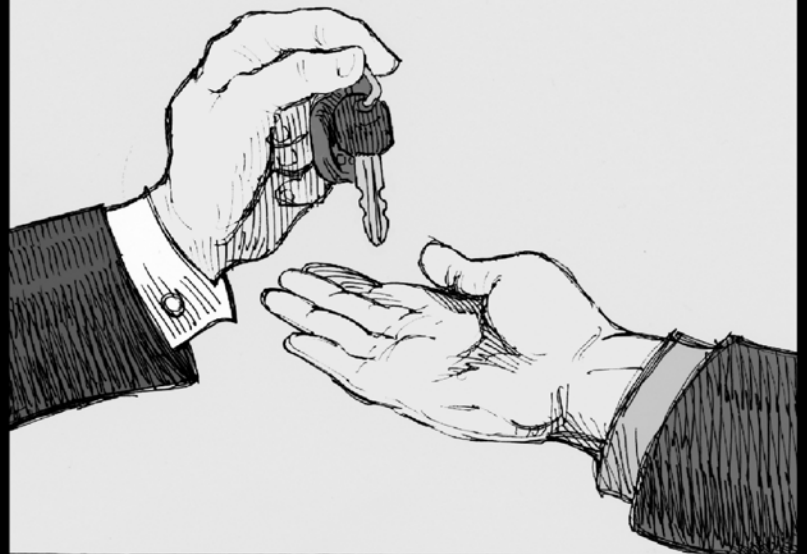
PRIMERO DETALLÓ LA CANTIDAD DE BIENES QUE LA TÍA ÁNGELES POSEÍA: PROPIEDADES, ACCIONES, TERRENOS, CUENTAS CORRIENTES, QUEDÉ EN ESTADO DE SHOCK UN PAR DE SEGUNDOS. JAMÁS HABÍA HECHO MENCIÓN SIQUIERA DE ALGUNO DE ELLOS. SUPONÍA QUE ALGO DE PLATA TENÍA CUANDO ME HIZO EL PRÉSTAMO PARA PAGAR LAS DEUDAS. AHORA ERA DIFÍCIL OCULTAR ALGO DE INTERÉS.



PERO EL ASOMBRO DURÓ POCO. TODO LO ANTERIOR QUEDABA A NOMBRE DE UN TAL ESTEBAN. POR FORTUNA O DESGRACIA PARA MI, EL ABOGADO PROCEDIÓ A INFORMARME QUE LA TÍA HABÍA DISPUESTO DE UNA SUMA DE DINERO MÍNIMA PARA MIS GASTOS Y UN AUTO QUE PODÍA RETIRAR EN EL ESTACIONAMIENTO.



RESIGNADO PENSÉ QUE AL MENOS EL AUTO ME SERVIRÍA PARA MOVERME MEJOR POR LA CIUDAD. NO QUISE SABER SI EL FAMOSO HEREDERO ESTEBAN ERA UN MISTERIO O UNA GRAN JUGARRETA DE LA TÍA. EL ABOGADO SE EXCUSÓ DE DARMÉ ESA INFORMACIÓN. ME DIO QUE ESTUVERA ATENTO A SU PRÓXIMA LLAMADA.





AFUERA NO TERMINABAN LAS SORPRESAS. EL AUTO ERA UNA VERDADERA JOYA QUE IBA A CONSUMIR TODA LA MENSUALIDAD QUE ME DEJÓ PARA GASTOS.



Y COMO SI LA HUMILLACIÓN NO FUERA SUFICIENTE. PUSO UNA CAJA DENTRO CON UN FELINO QUE TRATABA DE CONGRACIARSE CON UNA MIRADA QUE A OTROS MATARÍA.



TOMÉ EL AUTO Y DEJÉ LA CAJA. ALGUIEN ENCONTRARÍA AL GATO Y LO ADOPTARÍA. YO NO TENÍA TIEMPO PARA ESE TIPO DE CARIDADES- DESPUÉS DE TODO TIENEN RAZÓN. A VECES PUEDO SER UN GRAN CANALLA...

CONTINUARÁ...

Así no llegan las moscas

Gabriela Aguilera

La trituradora hizo un último sonido ronco y se detuvo.

Ambos hombres miraron comer a los cerdos, que masticaban con lentitud, deglutiendo con un movimiento tosco y dejando caer trozos en el suelo emporcado y maloliente.

—Hay que lavar las chancheras —dijo Óscar, dándose la vuelta.

—A la tarde —contestó Juan, clavando la horqueta en la tierra.

Caminaron entre los nogales recién podados, sin hablar.

En la casa, Óscar sirvió el desayuno para él y su hermano menor. Juan se sentó a la mesa y tomó una de las marraquetas duras. La humedeció en el té caliente y la masticó con la boca abierta. Algunos pedazos de pan cayeron en la taza.

—Voy a ir al pueblo a comprar desinfectante. Queda poco —anunció Óscar.

—Si veís al Chino, dile que ya le tenemos la miel envasada —dijo Juan.

—Hecho —respondió Óscar.

Los hermanos Sánchez Molina vivían solos en un predio aislado entre los cerros. No acostumbraban a compartir con nadie y tenían fama de buscappleitos. Cuando bajaban al bar Josy y se tomaban unos litros de vino, la noche siempre terminaba en una riña entre ellos y los demás parroquianos, con la llegada de los carabineros y la detención de los dos hermanos, que permanecían en el retén por veinticuatro horas, hasta que se les espantaba la borrachera.

Se dedicaban a la caza furtiva y hacían negocios con los animales, la miel y las nueces. Tenían buena puntería.

Óscar Sánchez entró al Josy y puso la escopeta sobre el mesón.

—Una caña —pidió, sacándose el sombrero.

Aniceto, el dueño del boliche, se apresuró a traer lo que le pedía.

—Hace frío ¿ah?—dijo, sonriendo de lado.

—¿Hai visto al Chino? —preguntó Óscar, después de tomar un trago y limpiarse la boca con la manga de su chaqueta a cuadros.

— No, desde anoche. Debe andar botado por ahí. Chupó como que el mundo se iba a acabar.

Óscar bebió en silencio.

—¿Qué pasó con los tipos de anoche? —preguntó Aniceto, pasando el trapo por el mesón.

—¿Cuáles?

—Esos, poh, los que querían cazar en la Pampita.

—La Pampita es terreno nuestro.

—Claro, claro, pero el Chino les dijo que era el mejor lugar. Harto conejo, harta vizcacha...

— Pero es nuestro. Y al que pillemos por ahí...—dijo Óscar tomando la escopeta.

Aniceto se estremeció. Recordó fugazmente a los dos hombres, descendiendo de un jeep, cargando armas nuevas, brillantes. Entraron al Josy y se sentaron en la mesa del fondo a tomar una cerveza. Conversaron con el Chino, preguntando por el mejor lugar. «Es la primera vez que salimos a cazar...No conocemos por acá», había dicho el más viejo.

— En todo caso, el Chino les advirtió que tenían que pasar por la casa de ustedes primero, a pedir permiso—dijo Aniceto.

—Pero no pasaron —murmuró Óscar—. No pasaron. Terminó lo que le quedaba en el vaso y eructó, satisfecho.

— Anótame el consumo —dijo, yendo hacia la salida.

—¡Chis! Ya me debís como veinte lucas... ¿cuándo me vai a pagarme? —preguntó Aniceto, enojado.

Óscar había recorrido la mitad del trayecto hacia la calle. Se quedó quieto, de espaldas al dueño del bar. Después dio la vuelta y caminó hasta encontrarse cara a cara con él, casi tocándole la nariz con la suya.

—Te voy a pagarte cuando quiera, hueón —siseó, con los dientes apretados.

Aniceto sintió miedo.

—No...yo decía, no más. Tranquilo, gancho —murmuró.

Óscar salió del Josy y fue hasta la ferretería. Compró cinco litros de desinfectante, subió a la camioneta roja y condujo de regreso a su casa.

Se sentía molesto.

Se acordó de la noche anterior, cuando andaba cazando con Juan en la Pampita. Hacía frío y las manos se les congelaban sujetando la lámpara para encandilar a los conejos. De pronto habían escuchado los pasos desconocidos. Ambos hermanos levantaron las orejas y la nariz en medio de la noche sin luna ni viento. Eran dos,


como ellos. Avanzaban haciendo ruido, pisando ramas, susurrando, espantando la caza. Sin linternas. Primerizos.

La descarga de las escopetas de los Sánchez resonó al mismo tiempo. Los hombres cayeron quejándose. Los hermanos se acercaron y los remataron. Después, Óscar los tocó con la punta de su bota y dijo: “Esto es propiedad privada, gancho.”

Juan vio llegar a su hermano envuelto en la tierra que levantaba la camioneta roja. Óscar se bajó y sacó el bidón con el desinfectante. Entró en la cocina, dejó el sombrero sobre la mesa y colgó la escopeta detrás de la puerta.

—¿Terminaron los chanchos? —preguntó.

—Ya.

—Vamos a revisar. Y a lavar la tritadora. La sangre trae moscas —sentenció Oscar, antes de meterse entre los nogales recién podados. 



Gabriela Aguilera Valdivia

Estudió antropología en la Universidad de Chile y realizó un diplomado en Estudios Mexicanos en la UNAM. Ha publicado *Doce guijarros*, (1976), *Asuntos privados* (Editorial Asterión, 2006), *Con pulseras en los tobillos* (Editorial Asterión, 2007) y *En la garganta* (Editorial Asterión, 2008). Su novela más reciente es *Guerros de Dios* (2017). Ha ganado diversos concursos de cuentos. Sus cuentos han aparecido en diversas antologías de Ergo Sum y en la antología de microcuentos eróticos de mujeres latinoamericanas, *Microscopios eróticos* (publicada por la española Ediciones Atómicas).



El mono científico

Robert Louis Stevenson

—**E**n cierta isla de las Indias Occidentales había una casa cercana a un bosquecillo de árboles. En la casa vivía un viviseccionista, y en los árboles un clan de simios antropoides. Ocurrió que uno de ellos fue capturado por el viviseccionista y encerrado en una jaula en su laboratorio. Allí estuvo el mono muy aterrorizado por lo que veía, profundamente interesado en todo lo que oía; y como tuvo la fortuna de escapar en un período temprano del experimento (que tenía el número 701), y de volver a su familia con solo una insignificante lesión en un pie, se creyó favorecido en grado sumo.

Apenas regresó, se llamó a sí mismo doctor y comenzó a molestar a sus vecinos con la pregunta: ¿Por qué los simios no son abiertos al progreso?

—No sé lo que significa «abiertos al progreso» —dijo uno, y le tiró un coco a su abuela.

—No sé ni me importa —dijo otro, y se balanceó en un árbol vecino.

—¡Oh, para con eso! —gritó un tercero.

—¡Maldito progreso! —dijo el jefe, que era un viejo conservador de notable fuerza física—. Traten de comportarse mejor tal como son.

Pero cuando el simio científico consiguió que los machos más jóvenes se quedaran solos, se le escuchó con más atención.

—El hombre es sólo un simio promovido —dijo, colgando su cola de una rama alta—. Siendo incompleto el registro geológico, es imposible decir cuánto tiempo tardó en ascender, y cuánto tiempo nos llevaría seguir sus pasos. Pero al sumergirme vigorosamente y a fondo en un sistema de mi invención, creo que sorprenderemos a to-

dos. El hombre perdió siglos por la religión, la moral, la poesía y otras tonterías; pasaron siglos antes de que llegara a la ciencia, y sólo hace poco empezó a viviseccionar. Iremos por el otro lado, y comenzaremos con la vivisección.

—¿Qué es la vivisección en el nombre de los cocos?

—preguntó uno de los monos.

El doctor explicó con gran detalle lo que había visto en el laboratorio; algunos de sus oyentes estaban encantados, pero no todos.

—Nunca había oído hablar de algo tan bestial —gritó un mono que había perdido una oreja en una pelea con su tía.

—¿Y para qué sirve? —preguntó otro.

—¿No lo ves? —dijo el doctor—. Al viviseccionar a los hombres, descubriremos cómo están hechos los simios, y así avanzaremos.

—Pero, ¿por qué no nos viviseccionamos unos a otros? —preguntó uno de sus discípulos, que era discutiendo.

—¡Oh, basta! —dijo el doctor—. No me sentaré a escuchar tanta cháchara; al menos no en público.

—¿Por qué hacernos criminales? —siguió el discutiendo.

—Es muy dudoso que exista el bien o el mal. Entonces, ¿dónde está tu criminal? —respondió el doctor—. Además el público no soportaría tal cosa. Y los hombres son igual de útiles; somos del mismo género.

—Parece duro para los hombres —dijo el simio de una oreja.

—Bueno, para empezar —dijo el doctor—, ellos dicen que no sufrimos y que somos lo que llaman autómatas; así que tengo perfecto derecho a decir lo mismo de ellos.

—Eso es absurdo —dijo el mono discutidor—; y además es autodestructivo. Si solo son autómatas, no pueden enseñarnos nada de nosotros mismos; y si pueden enseñarnos algo de nosotros mismos, ¡por los cocos!, tienen que sufrir.

—Estoy bastante de acuerdo con tu manera de pensar —dijo el doctor—, y de hecho ese argumento solo sirve para las revistas escandalosas. Digamos que sí que sufren. Pues bien, sufren en interés de una raza inferior, que requiere ayuda: no puede haber nada más justo que eso. Y además, sin duda haremos descubrimientos que les serán útiles.

—¿Pero cómo vamos a hacer descubrimientos, —preguntó el discutidor—, cuando no sabemos qué buscar?

—¡Dios bendiga mi cola! —gritó el mono doctor, ofendido en su dignidad—. ¡Creo que tienes la menor mente científica de cualquier simio en las Islas de Barlovento! ¡Saber qué buscar, dices más encima! La verdadera ciencia no tiene nada que ver con eso. Sólo te largas a viviseccionar al azar; y si descubres algo, ¿quién se sorprende más que tú mismo?"

—Veo una objeción más —siguló el mono discutidor—, aunque, claro está, estoy lejos de negar que sería una gran diversión. Pero los hombres son fuertes, tienen aquellas armas.

—Por lo tanto elegiremos bebés —concluyó el doctor.

Esa misma tarde, el doctor regresó al jardín del viviseccionista, robó una de sus navajas de afeitar a través de la ventana del baño, y en un segundo viaje, sacó a su bebé de la cuna de la guardería.

Hubo una gran conmoción en las copas de los árboles. El simio de una oreja, que era un tipo de buen corazón, acunó al bebé en sus brazos; otro le metió nueces en la boca, y se sintió agraviado porque no se las comió.

—No tiene sentido común —dijo.

—Pero me gustaría que no llorase —dijo el mono de una oreja—, ¡se parece tan terriblemente a un mono!

—Esto es infantil—dijo el doctor—. Dame la navaja de afeitar.

Pero el mono de una oreja no aguantó, escupió al doctor y huyó con el bebé a la copa del siguiente árbol.

—¡Ya! —gritó el mono de una oreja—. ¡Vivisectate tú mismo!

En esto todo el clan comenzó a correr y a gritar. El ruido atrajo al jefe, que estaba por ahí cerca matándose las pulgas.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó el jefe. Y cuando se lo dijeron, se enjugó la frente—. ¡Grandes cocos! —gritó—. Es esto una pesadilla? ¿Pueden los simios descender a tal barbarie? Devuelvan a ese bebé al lugar de donde vino.

—No tienes una mente científica —lo increpó el doctor.

—No sé si tengo una mente científica o no —respondió el jefe—, pero tengo un palo muy grueso, y si pones una garra sobre ese bebé, te romperé la cabeza con él.

Así que llevaron al bebé al jardín delantero de la parcela. El viviseccionista (que era un estimable hombre de familia) quedó encantado, y con su corazón aliviado, comenzó tres experimentos más en su laboratorio antes de que terminara el día. **TN**

(Traducción de Bartolomé Leal)



de Libros
www.delibros.cl

LIBROS EN PDF PARA DESCARGAR

¡Llévatelos desde \$ 1.000.- por el precio que tú quieras!

Infanticidio en el sur

El caso Coelemu

Por Gonzalo Hernández



Cierta tarde de invierno del año 1998, en los alrededores de la localidad sureña de Coelemu, el niño Martín Salazar desaparece en momentos en que retornaba del colegio a su hogar, en las vísperas del día del padre. A los pocos días, su cadáver aparece en un cerro cercano, brutalmente estrangulado y con señales de haber sufrido abuso sexual. El crimen provoca consternación en la zona, y pronto el Juez del Crimen local convoca a un equipo de la Brigada de Homicidios de la Policía de Investigaciones de Chillán, con el objetivo de esclarecer los hechos y dar pronto con el culpable de la atrocidad.

Tal es el punto de partida de la novela testimonial *El Caso Coelemu*, del ex detective Raúl Bustos Ruiz, publicada por la colección «La otra oscuridad» (Espora-Rhinoceros Ediciones, 2020). Una obra que expone de forma pormenorizada los distintos procedimientos que se emplean para resolver un crimen, poniendo en acción a un variado grupo de personajes de corte realista, sin más pretensiones que dar cuenta de los hechos que llevan a este caso a su desenlace. En poco menos de un centenar de páginas, el autor despliega su amplio arsenal de conocimientos para conducir al lector por lo que él denomina la perseverancia en la investigación, esa virtud señera de los sabuesos que saben que la regla fundamental de su oficio es

la porfía, el tezón, la insistencia —un poco como en la escritura misma—, más allá de lo oscuro que se presente un caso, del rechazo de la gente a cooperar en su resolución, o de la presión que ejercen las cúpulas cuando la connotación pública de un delito exige lo imposible: soluciones inmediatas.

Bustos se mueve con soltura en esos terrenos, ofreciendo en trazos rápidos y directos un completo cuadro de los acontecimientos que rodean al crimen del niño Martín. Todo ello ambientado en los parajes costeros de la región de Ñuble, donde desfilan localidades como la mencionada en el título, Perales, Vegas de Itata, y un clímax que se traslada al balneario de Constitución, donde se amplía la mirada del relato para dejar al descubierto un contexto más amplio de pobreza, marginalidad y degradación.

En medio de la sucesión de hechos, el autor se da tiempo para reflexionar en torno al tema de la naturaleza del deber policial, que es el tópico que atraviesa el libro, más allá del móvil de descubrir al culpable del infanticidio e indagar en las razones que lo motivaron. Una novela que se inscribe con méritos propios en la tradición inaugurada por el ex detective y escritor René Vergara, el primer oficial de policía chileno que se animó a probar suerte en los terrenos de la literatura criminal. **TN**

Argentina noir

Por Bartolomé Leal

Revisar la narrativa policial y negra argentina es siempre un agrado que complementa el de la lectura y relectura. Y no hablo ahora de los escritores de siempre, ya clásicos, sino de nuevas producciones, nuevos libros, nuevos autores, mujeres y hombres. Para aterrizar la cosa desde el inicio, me permito afirmar que la literatura argentina del género es la más rica, variada y sostenida que se ha escrito en lengua castellana. No hay ninguna que le compita. Tal vez España se le haya aproximado en cantidad y calidad durante los últimos años, pero en el resto de nuestros países, aunque vamos con pie firme y tenemos nuestros créditos, estamos a la zaga en relación a la abundancia y enjundia argentina.

De Argentina son los pioneros que abonaron el terreno para que se lograran cosechas contundentes en el género policial/negro a lo largo del siglo xx y en el 20% que ha corrido del siglo actual. En 1943 Borges y Bioy Casares sacaron una antología del cuento policial (con segunda parte en 1951) que incluyó la obra a dúo de ellos mismos, con el seudónimo de H. Bustos Domecq. Así se estrenó en sociedad su investigador don Isidro Parodi, un ex peluquero que cumple sentencia en un presidio desde donde resuelve intrincados enigmas. Establecieron con eso un elemento clave en la crítica del género: la filiación del detective. El de ellos tenía algo de Sherlock Holmes, del *Viejo en el Rincón* (de la baronesa de Orzcy), de la *Máquina de Pensar* (de Jacques Futrelle) y del *chevalier* Auguste Dupin de Poe. La tradición inglesa del enigma aunque también la norteamericana.

Sin embargo, hubo algo más: el toque local, que quedó instalado en el género policial argentino. El folklorismo estilizado de Parodi (vaya nombre significativo) es hilarante. Con esto, el humor reivindica su lugar en el gé-

nero. Y algo más: un perfume fantástico y fantasioso, no por nada se trataba de Borges y Bioy Casares. Luego vendrían otras influencias, claro está, sobre todo de la escuela «dura» gringa. Por cierto, olvidaba señalar a algunos pioneros adicionales. En la citada antología de ambos amigos se incluye a los compatriotas Manuel Peyrou, Silvina Ocampo y Adolfo Pérez Zelaschi. María Angélica Bosco fue incluida en la colección El Séptimo Círculo.

Un pequeña antología de 1981 debida a Jorge Lafforgue y Jorge Rivera, exclusiva con autores argentinos, agrega a otros adelantados: Paul Groussac, Horacio Quiroga (uruguayo), Enrique Anderson Imbert; y más adelante, Eduardo Goligorsky (conocido por su obra en la ciencia-ficción) y Ricardo Piglia. Los lectores podemos agregar a Osvaldo Soriano, Juan Carlos Martini y Rodolfo Walsh, cada cual con una voz diferente y original en su aproximación al *noir*. Los argentinos no se quedaron allí y siguieron avanzando. En un viaje a Buenos Aires nos hicimos del libro *In Fraganti. Los mejores narradores de la nueva generación escriben sobre casos policiales* (Mondadori



El cuento policial
Antología
1981

2007), una selección de Diego Trillo Trueba. El salto de siglo trae otros nombres.

Desde ya los dos cuentos que abren el libro. «Ángel de la guarda» de Mariana Enríquez, que empieza así: «Lo estaban matando entre los dos...»; y «Matador» de Leonardo Oyola, que también aporta un comienzo arrollador: «Yo solo era carne fresca cuando entré (al presidio)». Son dos cuentos feroces de autores mayores del noir actual en Argentina. Mariana Enríquez posee un registro más amplio, que integra el horror y la ciencia-ficción en su forma de narrar. Los toques de locura y misticismo acercan su cuento al género fantástico. Su estilo ha sido por eso calificado de lumpen-gótico, un apelativo que le calza. Una refinada prosa coloca a Enríquez a la cabeza de la narrativa argentina, lo que combina con su labor de periodista. Un magnífico comienzo de la antología y su punto más alto.

Otros autores y autoras destacan para mi gusto en el volumen, con sus cuentos: «Fuego chino» de Juan Terranova, «La puerta de bronce» de Anna Cecchi y «El oreja» de Juan Diego Incardona. Aunque también contribuyen al libro Romina Doval, Alejandro Parisi, Diego Erlan, Julián Urman, María Molteno, Hernán Vanoli, Maximiliano Matayoshi, Pablo Ali, Violeta Gorodisher, Gisela Antonuccio, Pablo Toledo, Marina Kogan, Pablo Plotkin, Patricia Suárez, Germán Maggiori y Federico Falco. Nombres para buscar y seguir.

Sería imperdonable no sacar algunas conclusiones de la selección propuesta en *In Fraganti*: 1) la energía de las nuevas generaciones de narradores argentinos, ellos y ellas buscan no desmerecer frente a sus mayores; 2) no se trata de una literatura de salón, que rehuya las problemáticas sociales y políticas de su país; 3) se mantiene fiel a una tradición del género negro, a menudo con toques fantásticos, de cabal solidez en Argentina; 4) aunque se trate de casos «reales», manoseados en la prensa, no hay la menor intención de hacer registro documental ni mucho menos de desparramar mensajes moralistas.

En el libro *El crimen tiene quien le escriba* (LOM 2016), con cuentos negros y policíacos latinoamericanos, el compilador Ramón Díaz Eterovic incluyó a cuatro autores y una autora argentinos: Mempo Giardinelli, Fernando López, Guillermo Orsi, Juan Sasturaín y Claudia Piñeiro. Por cierto un quinteto de valiosos exponentes del *noir* argentino. Dedicados al género, productivos y comprometidos, no solo con la escritura sino también en la organización de eventos, dando conferencias y cursos, hablando en la tele, colaborando con el cine, dirigiendo revistas y colecciones. Importante es la inclusión de otra gran dama del *noir* argentino, como es Claudia Piñeiro, Su cuento «Samantha Dubois» es una breve joya de

suspense e ironía, hasta la última palabra. No puedo sino señalar también mi predilección por el cuento de Orsi, «Sospechas de lo eterno», donde retrata el alma negra y cinéfila de un sicario que prepara un feminicidio con la meticulosidad de un artista, pero... Y el cuento de Juan Sasturaín, «Versión de un relato de Hammett», que es puro jolgorio *noir*.

El quinto y más reciente libro que quiero mencionar es la antología *Buenos Aires Noir* (Alfaguara, 2019), una compilación hecha por Ernesto Mallo que me llega con una viajera pre-pandemia. Desde ya, la grata sorpresa de la inclusión de dos primeras damas del *noir* argentino: la ya apuntada Claudia Piñeiro con su cuento «La muerte y la canoa», ambientado en el barrio de San Telmo; y María Inés Krimer que sitúa en Monte Castro su cuento «Quema, quema». La acción transcurre en un gimnasio malacatoso de barrio, donde la transpiración lleva al fuego, los olores al humo, los personajes al pasado, la calle abrasadora a la muerte. Violencia entre mujeres, un tema caro a María Inés. Tal vez el punto más alto en este libro, por una autora avezada como María Inés Krimer, de extensa y premiada obra novelística. Señalo de paso que algunos relatos de la compilación que comento, y pido perdón, no están a la altura de la tradición bonaerense del *noir*.

El cuento de Claudia Piñeiro es una curiosidad. Se trata de una versión con otro título y extensión del cuento «Samantha Dubois» que elogiábamos arriba, lo cual es un recurso que muchos autores hemos tenido que usar alguna vez, por diversas razones. Lo extraño es que este asunto de la doble publicación es casi idéntico al del cuento mismo, como si el autoplagio fuera una forma de castigo infernal cuya única afectada es la escritora, ya que no la autora o autor del libro imaginario en el cuento. Les protejo ser ficticios. Recomiendo leerlo como ejercicio pedagógico para escritores y escritoras. ¿Cuál es mejor, la versión corta o la larga? ¿Se podría reducir a cuento brevísimo o ampliar a novela? ¿Daría para guión de cine o teleserie?



Buenos Aires Noir
Varios Autores
Alfaguara, 2019

Bromas aparte, en esta compilación de catorce cuentos, que respeta la paridad *fifty-fifty* entre autores machos y hembras, hay otros cuentos destacables, como el del bien conocido y apreciado Pablo de Santis, «Una cara en la multitud», con el tópico cortaziano del fotógrafo que descubre en una serie de imágenes una situación que escapa a su oficio. «El onceavo dorado» de Gabriela Cabezón Cámara, una estrella literaria emergente, narra con estilo sólido y depurado, nada de convencional, una historia de especulación inmobiliaria, atentados, droga, sexo y fantasías criminales. Los y las demás incluidos/as en la compilación (la edición no incluye biografías ni bibliografías), son: Inés Garland, Verónica Abdala, Elsa Osorio, Inés Fernández Moreno, Alejandro Parisi, Alejandro Soifer, Enzo Maqueira, Leandro Ávalos Blacha y Ariel Magnus.

Bueno, estas son las compilaciones que hemos revisado, seguramente hay muchas más. Otros enfoques para el tema son posibles. Otros autores citados o señalados. No han salido mencionados en esta apurada nota autores y autoras de enorme valor en la literatura policial argentina (cuando hay tanta variedad y calidad, más de uno o una puede faltar en las compilaciones revisadas), y señalo a Raúl Argemí,

Horacio Convertini, Néstor Ponce, Mercedes Giuffré, Esteban Llamosas y Guillermo Martínez. Esto sin contar el «boom» de mujeres escritoras que los argentinos celebran y que esperamos leer algún día, y por ahora solo menciono sus nombres (cortesía de la red): Florencia Etcheves, Patricia Sagastizábal, Alicia Plante, Carolina Cobelo, que se suman a las ya mencionadas antes, que testimonian no solo la vigencia sino la fertilidad del *noir* argentino en estos tiempos de turbulencias sociales y sanitarias. **TN**



El crimen tiene quien le escriba
Ramón Díaz Eterovic (Compilador)
LOM ediciones

[COMPRAR](#)

